

DEL CAPITALISMO DE LO SOMÁTICO A LA TECNOLOGÍA
DE LA AFECTIVIDAD . REPRESENTACIÓN DE LAS SUBJETIVIDADES
NEOLIBERALES EN *LOS CUERPOS DEL VERANO* (2012)
Y *KENTUKIS* (2018)¹

*From the Somatic Capitalism to the Technology of Affectivity.
Representation of Neoliberal Subjectivities in Los cuerpos del verano
(2012) and Kentukis (2018)*

JOAQUÍN LUCAS JIMÉNEZ BARRERA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE (Chile)
jcjimenez@uc.cl

Resumen: *Los cuerpos del verano* (2012) de Martín Felipe Castagnet y *Kentukis* (2018) de Samanta Schweblin pueden interpretarse como textos que cuestionan y evalúan las implicancias del capitalismo tardío en las sociedades actuales. En el presente artículo me pregunto específicamente por la identidad, blanco productivo de este sistema económico, y planteo que en ambas novelas se configuran subjetividades neoliberales controladas por el consumo, la proliferación del mercado y la tecnología: factores que restringen o anulan cualquier posibilidad de agencia en sus personajes. Esta perspectiva se aborda desde el entendimiento de que estas novelas son representativas de dos fases específicas del capitalismo tardío, a modo de genealogía, donde Castagnet da cuenta de los mecanismos biopolíticos de control y Schweblin visibiliza su devenir psicopolítico.

Palabras clave: capitalismo tardío, subjetividad, biopolítica, psicopolítica

Abstract: *Los cuerpos del verano* (2012) by Martín Felipe Castagnet and *Kentukis* (2018) by Samanta Schweblin, can be understood as texts that question and evaluate the implications of late capitalism in today's societies. In this article I specifically examine identity, a productive target of this economic system, proposing that both novels portray neoliberal subjectivities controlled by consumption, product proliferation and technology: factors that limit or suppress any form of agency in its characters. This perspective is approached from the understanding that these novels represent two specific phases of late capitalism, genealogically, in which Castagnet makes visible the biopolitical control mechanisms visible and Schweblin shows its psychopolitical transformation.

Keywords: Late Capitalism, Subjectivity, Biopolitics, Psychopolitics

¹ Este artículo fue escrito en el marco del proyecto Fondecyt regular 1171124, "Imaginario sociales en la ciencia ficción latinoamericana reciente: espacio, sujeto-cuerpo y tecnología", a cargo de la profesora Macarena Areco Morales (Pontificia Universidad Católica de Chile).

En un presente globalizado, en el que el capitalismo tardío se afianza con la tecnología y habita cada uno de los territorios posibles, el género de la ciencia ficción permite reflexionar en torno a las consecuencias que un sistema como tal podría desencadenar en las sociedades actuales y las del porvenir, en tanto imagina un escenario próximo, pero latente, que suele estar mediado por los alcances de un capitalismo salvaje, estimado como el único orden económico plausible.² No obstante, los alcances de este sistema no se restringen única y necesariamente al flujo del capital, dado que se trata de un modelo de producción que se apodera de todos los espacios sociales, en cuanto actúa como modelador de conciencias y subjetivador de identidades, a la vez que tensiona el lugar de lo público y lo privado e interviene incluso allí donde se oculta la intimidad.

Desde este breve examen, surge el interés por explorar el género de la ciencia ficción en su modalidad distópica,³ en tanto se corresponde con un marco sociocultural acorde a las ansiedades y miedos de nuestros tiempos. *Los cuerpos del verano* (2012) de Martín Felipe Castagnet y *Kentukis* (2018) de Samanta Schweblin llaman especialmente la atención al ser textos de ciencia ficción que destacan dentro del territorio latinoamericano producto del tratamiento que estos hacen al tema de la identidad, pues pueden ser interpretados como un *continuum* de novelas que representan, a través de una modalidad distópica, el paso de un capitalismo biopolítico a un neoliberalismo psicopolítico.

Por un lado, desde la narración en primera persona del personaje de Rama en *Los cuerpos del verano*, se observa cómo los ciclos biológicos de los sujetos se intervienen, en tanto la muerte se supera y el internet se escenifica como un nuevo espacio de habitabilidad. A través de la ocupación de los cuerpos, la gestación de un archivo institucional que registra a cada uno de los miembros de este sistema y la exclusión de ciertos sujetos marginales, esta novela visibiliza la emergencia de subjetividades controladas por un Estado-mercado que regula las condiciones de vida, a la vez que plantea al consumo como una aparente posibilidad enunciativa que permite rearticular la identidad.

Tales concepciones se condicen con los mecanismos biopolíticos de control en las sociedades modernas, que, según Foucault (1976), se han desarrollado con fuerza desde el siglo XIX y organizan las políticas públicas del siglo XX, en tanto el Estado incorpora entre sus tareas fundamentales el cuidado de vida de la población. Asimismo, es necesario destacar que el poder biopolítico moviliza jerarquías, remarca las diferencias entre los miembros de una sociedad,

² En *Arqueologías del futuro*, Jameson explica la potencialidad expansiva de este sistema económico al señalar que este ha deshecho “...incansablemente todos los avances sociales obtenidos desde el comienzo de los movimientos socialistas y comunistas, revocando todas las medidas de bienestar, la red de seguridad, el derecho de sindicación, las leyes reguladoras industriales y ecológicas, y ofreciendo privatizar las pensiones y de hecho dismantlar todo lo que se interponga en el camino del libre mercado en todo el mundo” (2009: 8).

³ Hago alusión específicamente al concepto de distopía literaria: “...literary dystopias are understood as primarily concerned to portray societies where a substantial majority suffer slavery and/or oppression *as a result of human action*. Privileged groups may benefit from this. Others may escape it, either to a condition of previous (preferable) normality or to something better” (Claeys, 2017: 290; cursivas del original).

y determina cuáles son las vidas que importan y las que no,⁴ a la vez que se apodera de las informáticas de la dominación (Haraway, 1995) que median, rearticulan y extienden las relaciones entre el triángulo compuesto por el humano, la ciencia y la tecnología, a través de “políticas biotecnológicas” (Haraway, 1995: 277).

Por otro lado, es posible entender *Kentukis* como una ficción distópica en la que determinados dispositivos tecnológicos ofrecidos por el mercado en sus distintas formas y colores se entrometen en la afectividad de los sujetos compradores, representados en esta ficción como individuos solitarios y alienados. Para estos, el consumo de los kentukis permite la salida de este estado y la apertura hacia una renovada subjetividad, mediante la que se puede habitar más de un territorio a la vez. El mercado, a diferencia de la novela anterior, aparece como una entidad que actúa sin la regulación de un gobierno específico, interviniendo en esta sociedad a partir de la amabilidad, la seducción y la rearticulación de los afectos de los personajes.

Esta articulación de sentido en la novela, de igual forma que *Los cuerpos del verano*, se corresponde con una fase del capitalismo tardío; en este caso, la psicopolítica, que no ejerce sus mecanismos de control a través del disciplinamiento corporal, sino mediante la consideración de que el “poder inteligente” (Han, 2014: 16), orientado a los sentidos y el deseo, es mucho más productivo que el sometimiento coercitivo del cuerpo. De acuerdo con Byung-Chul Han (2014), la biopolítica, asociada necesariamente a lo corporal y lo somático (en un sentido amplio), deviene psicopolítica al momento en que el neoliberalismo, como evolución del capitalismo imperialista, descubre que la psique es un blanco manipulable mediante el cual se hace posible controlar a los sujetos. Este mecanismo de dominación, por ende, ya no se traza sobre el cuerpo, sino que explota la libertad del individuo a través de la seducción, la amabilidad y la permisividad; incluso, el espacio de control cambia, con el paso de un panóptico “benthamiano” típicamente asociado a la vigilancia del cuerpo a uno digital y aperspectivista: el internet.⁵

A continuación, analizaré ambas novelas considerando el trayecto capitalista de una sociedad biopolítica, controlada a través del disciplinamiento, a una que pasa a manos del poder psicopolítico, a partir de la suposición de que estos textos, por medio de la pregunta por la identidad, establecen una crítica al

⁴ “El poder que toma por objeto la vida controla, por un lado, las diferencias, produce y organiza socialmente las imágenes y deseos que se identifican con lo humano invistiendo determinados rasgos, recortando determinados afectos e intensidades, estableciendo jerarquías y separaciones, modulando las desigualdades, y construye, por otro lado, los mecanismos por los cuales ciertos grupos son despojados de su humanidad y ‘producidos’ como vida desnuda, como meros residuos sin lugar en el orden económico y social, como cuerpos superfluos” (Giorgi y Rodríguez, 2007: 30).

⁵ “Hoy se registra cada clic que hacemos, cada palabra que introducimos en el buscador. Todo paso en la red es observado y registrado. Nuestra vida se reproduce totalmente en la red digital. Nuestro hábito digital proporciona una representación muy exacta de nuestra persona, de nuestra alma, quizá más precisa o completa que la imagen que nos hacemos de nosotros mismos” (Han, 2014: 50).

neoliberalismo actual que se entromete tanto en el espacio público como en la intimidad de las sociedades. Asimismo, esta perspectiva tendrá en cuenta la noción de ‘realismo capitalista’ planteada por Mark Fisher (2009), referida a “la idea muy difundida de que el capitalismo no solo es el único sistema económico viable, sino que es imposible incluso *imaginarle* una alternativa” (22; cursiva del original).

Los cuerpos del verano o el capitalismo de lo somático

En el universo de *Los cuerpos del verano*, primera novela del argentino Martín Felipe Castagnet, la muerte se considera un estadio más del ciclo biológico del ser humano a la vez que se desmitifica su carácter trágico inevitable: luego de que esta ocurra, se tiene la posibilidad de migrar a otro soporte, presuntamente inmaterial, denominado ‘estado de flotación’, que supone la “continuación de la actividad cerebral” (Castagnet, 2012: 17) en el espacio de la red, donde los sujetos tienen la opción de prolongar su vida y prepararse para habitar otro cuerpo. Esta segunda migración, desde la red a la nueva carne, implica un trayecto determinado por el capital, en tanto la calidad del cuerpo a adquirir depende, en gran medida, del poder adquisitivo que se tenga: Rama, protagonista de la novela, reencarna en el “cuerpo gordo de una mujer que nadie más quiere” (2012: 11), precisamente porque era “el único modelo que pudo pagar mi familia” (2012:13). En este sentido, el inicio del relato advierte que la vida misma se somete a un proceso de capitalización cifrado por el mercado.

Como bien lo señala Colanzi (2017) en su tesis sobre corporalidades alternativas en relatos latinoamericanos,⁶ el mercado se afianza estratégicamente con el Estado y el internet para constituir una sola entidad que regulará y garantizará cada una de las migraciones efectuadas, no obstante, estas suponen ciertas “restricciones biológicas y legales” (2012: 17) que los sujetos deberán cumplir. Una de estas implica una medida absolutamente biopolítica: “Toda reencarnación debe estar registrada y notificada en el Registro Koseki” (2012: 17), correspondiente a un dispositivo gubernamental en el que se archivan los nacimientos, muertes transitorias y cuerpos disponibles de ser utilizados. El mercado, en su coalición con el Estado, recoge la información personal de los individuos al asignar determinadas corporalidades y el Koseki institucionaliza este proceso y lo valida legalmente.

Si bien se menciona en una primera instancia que el acceso a este registro es limitado, enfatizándose en su carácter confidencial, se señala que este también “posibilita nuevas formas de discriminación. Lo usan las empresas con contactos para verificar a sus potenciales candidatos; también los padres ricos cuando buscan pareja para casar a sus hijos” (2012: 30). La presunta limitación, por ende, se aplica solo al sector de esta sociedad que no cuenta con un gran estatus económico, en tanto se establecen jerarquías en el acceso a la información y, en

⁶ Me refiero a su tesis doctoral, *Of animals, monsters and cyborgs. Alternative bodies in latin american fiction (1961-2012)* (2017).

consecuencia, desigualdades con respecto a los cuerpos posibles de ser adquiridos. Estas inequidades se pronuncian más aún si se considera que hay “millonarios que se prenden fuego a lo bonzo solo para que nadie pueda reutilizar sus cuerpos” (2012: 28), lo cual denota el carácter fetichista que ciertos sujetos desarrollan respecto del consumo.

En la confluencia de este Estado-mercado biopolítico, el espacio de la red se torna esencial, principalmente porque permite el control de los sujetos a través de la vigilancia: “Internet ahora es transparente y personal [...] Cada búsqueda tiene una marca digital y fácil de seguir: un sendero trazado sobre la nieve, deslumbrante tanto para los vivos como para los muertos” (2012: 15). Asimismo, se plantea que este es “traslúcido, inestable, viscoso” (2012: 20), lo que implica que el espacio de lo privado debe ser cuestionado: los sujetos pertenecientes a este mundo siempre están siendo observados en cada uno de sus pasos, transformaciones y migraciones. El personaje de Rama, incluso, es premiado con una batería inalámbrica al estimarse que puede otorgar información valiosa respecto de los artículos descolgados de la red en los tiempos primeros del estado de flotación; este es un sujeto que permite “reconstruir lo destruido, reponer lo perdido, reaparecer lo invisible antes de que desaparezca del todo” (2012: 63-64).

Además de la presencia de un mercado oficial, validado institucionalmente y legitimado por el Estado, en la novela se edifica, además, un capitalismo *underground* que se articula en la periferia de la ciudad y que se denomina “el mercado de los cuerpos” (2012: 68). Allí residen “Cuerpos sin notificar. Intervenciones fuera de la ley. Alquileres por un día. Menores de edad. Grupos de cuerpos desechables para actividades de riesgo. Guerrillas. Experimentos químicos. Clítoris del tamaño de un pulgar” (2012: 68) y, en definitiva, artefactos de consumo no admitidos por las reglamentaciones gubernamentales. El Gorila se configura como el espacio en el que se da lugar a este micromercado que opera desde la clandestinidad y se escenifica como un territorio apartado del poder, difícil de rastrear, lo que permite la libre circulación de los productos ilegales.

Versus la institucionalidad mercantil que afirma garantizar una correcta migración desde el estado de flotación a los cuerpos, el Gorila representa un mercado que se contrapone a los dictámenes oficiales y que, desde el margen, reproduce las lógicas capitalistas oficiales. Sin embargo, es necesario considerar que en este espacio residen los panchamas, identidades subalternas,⁷ e incluso se menciona a un “indígena con tos” (2012: 84) que atiende uno de los negocios del lugar. En el Gorila, por tanto, habitan sujetos que han contravenido las leyes tradicionales de lo constitucional y deciden quemarse en su misma carne; son aquellos que conservan sus cuerpos originales e intentan subsistir desde un espacio periférico. Este se constituye como una alternativa mercantil no oficial,

⁷ La figura del panchama ha sido analizada con gran detalle en el ya mencionado trabajo de Colanzi (2017), pero también en la reseña de Constanza Piccioni (2013) para *El toldo de Astier*. Esta hace alusión al panchama como una “figura tabú” (126) dentro de la novela que visibiliza una identidad condenada a la exclusión.

donde los “órganos de baja calidad” (2012: 74) intentan suplir las paupérrimas asignaciones corporales que los subalternos deben asumir al no contar con el suficiente poder adquisitivo.

Paralelo a la gestación de un Estado-mercado, en la novela de Castagnet la relación entre sujeto-cuerpo está mediada por el consumo, en tanto los individuos de esta realidad consideran que la reencarnación es una posibilidad de reinención. El tránsito del estado de flotación al cuerpo asignado supone una rearticulación de la identidad e, incluso, un renacer. Rama confirma esta suposición al describir la sensación que le produjo el abandonar su anterior estado de flotación: “Podría jurar que huele a sangre, a líquido amniótico; sé que son mis sentidos, sobrestimulados por regresar al espacio donde viví una vida entera” (2012: 15). Dichas implicancias permiten señalar que la trayectoria que parte con la muerte biológica hacia el estado de flotación y finaliza con la adquisición del cuerpo nuevo supone un movimiento desterritorializador⁸ de la subjetividad, en el que los consumidores están obligados a adaptarse a los distintos soportes materiales a habitar: “Es el esfuerzo cotidiano, imperceptible para los vivos, de mantener todos los músculos juntos y todos los nervios coordinados, los dos ojos hacia el mismo lado, la lengua lejos de los dientes, la vejiga activa frente al inodoro, de inhalar lo preciso y exhalar lo necesario. Nada es automático” (2012: 23).

Esta nueva posibilidad que los sujetos tienen para rearticular su identidad se sostiene, sin embargo, a través de una relación de dependencia con la tecnología. La novela da cuenta de una sociedad hiperconectada en la que el internet y los productos de consumo se constituyen como herramientas claves en la conformación de la subjetividad, e incluso, se estiman necesarias para el mantenimiento del nuevo ciclo ‘natural’ del sujeto. Al salir del estado de flotación, Rama afirma sentir la necesidad de habitar nuevamente el espacio de la red, e incluso se desespera ante la recomendación de su psicólogo de someterse a un período de abstinencia con tal tecnología. Esta relación de dependencia con el internet se configura como tal precisamente porque en la novela se manifiesta un entendimiento particular respecto de este, “Internet cuenta como cuerpo” (2012: 20), y por tal razón, deja de considerarse un espacio inmaterial separado de la anatomía del sujeto. El cuerpo biológico y el internet se codifican como tecnologías de consumo, e incluso el primero se revaloriza debido a que funciona como una mercancía capitalizable: se consideran, incluso, “un recurso natural valioso [...] [que] puede tener una vida útil de hasta tres habitantes hasta que se deshace” (2012: 18).

Si bien he mencionado que, en este contexto, el cuerpo permite rearticular la subjetividad, no todos los personajes de la novela desean o logran

⁸ Se entenderá la noción de ‘desterritorialización’ desde los planteamientos de Deleuze y Guattari en *Mil mesetas* (2014), específicamente a propósito de la identidad. Estos definen el concepto como un movimiento en el espacio, cuya “línea de fuga” (2014: 15) produce dispersión, aperturas y descentramientos en la subjetividad. Complemento esta noción con el entendimiento deleuziano de la ‘inmanencia’, “un estado de devenir o diferenciación constante, de cambio y metamorfosis, el estado libre y salvaje de la diferencia pura” (Giorgi y Rodríguez, 2007: 20).

reconfigurar sus identidades a partir de los dictámenes biopolíticos del Estado-mercado. La novela es enfática al advertir este planteamiento y señala concretamente cuáles son las alternativas que estos sujetos adquieren luego de morir: “La mayoría de los muertos prefiere cambiar de cuerpo. La primera minoría se preserva en internet. La segunda minoría conserva el cuerpo original, como un mendigo aferrado sus harapos; se los considera enfermos. Únicamente unos pocos viejos se niegan al procedimiento, [...] ni siquiera llegan a ser una estadística” (2012: 17).

Rama representaría la primera de estas modalidades al conseguir enunciar su subjetividad a partir de tres cuerpos distintos en la novela: mujer gorda, hombre africano y caballo. De tal manera, este se representa a sí mismo a través de diversos significantes corporales, que bien podrían considerarse desterritorializaciones identitarias que denotan una subjetividad a-centrada y nomádica. Hacia el final de la novela, Rama considera que la “quema” de cuerpos permite que los usuarios de este sistema se liberen finalmente de las ataduras biológicas primitivas que significan la corporalidad bajo las modalidades hombre/mujer y señala: “Quizás haya personas que siempre debieron ser pulpos; quizás cada uno tenga inscripto en sus genes el verdadero animal que uno debería ser, y el humano es una opción entre tantas otras” (2012: 107). El personaje de Gales, nieto de Rama, también logra reorientar su identidad al migrar al cuerpo de la mujer que siempre quiso ser e incluso la hija del protagonista, que se negaba a salir del estado de flotación, toma el cuerpo de un animal.

Este consumo, en el que se advierte un matriz “optimista” en la novela en tanto permite que estos personajes enuncien su identidad a partir de distinguidas formas, se contrapone a la imposibilidad de los otros sujetos que no logran agenciarse en los cuerpos que les han sido asignados. Además de la marginalidad presente en los panchamas, es en el espacio del trabajo y la burocracia en donde Rama advierte que gran parte de los sujetos civiles no logra acomodar sus identidades a los significantes corporales asignados por el Estado. Cuando este personaje se dirige a una agencia periférica en busca de empleo, advierte lo siguiente sobre tales personajes:

Los demás postulantes están más averiados que yo; en algunos casos es posible adivinar cuerpos *mal quemados*. Los viejos que no están en ninguna parte están acá. Dentro de esos cuerpos decrepitos debe estar atrapada más de una mente joven, ayer desesperada y sin otro lugar donde reencarnar. Es preferible estar muerto, me digo, aferrándome de la baranda. (2012: 61; las cursivas son mías)

De lo anterior se desprende que en esta novela el consumo presenta un carácter ambivalente: mientras que para algunos personajes el cuerpo permite una enunciación identitaria productiva, para otros el mismo procedimiento puede significar la completa alienación. Sin embargo, tales mediaciones aún se derivan de un Estado-mercado biopolítico que vigila y organiza a sus miembros, ente que desaparece por completo en la siguiente novela a examinar.

***Kentukis*: la tecnología de la afectividad**

En el mundo de *Kentukis* el Estado, los gobiernos y las biopolíticas del poder no son más que anticuados recuerdos de un tiempo pasado que, ahora diluido, pasa a manos del mercado. Este se posiciona como el único aparato al que los individuos pueden recurrir, y, por consiguiente, el sujeto no tiene más alternativa que construir su identidad a partir del consumo de los productos que este le ofrezca. En la novela, los kentukis son, precisamente, los únicos artefactos mediante los que se hace posible construir una subjetividad determinada, y como tales, se hace necesario que se ofrezcan distintos modelos para las exigencias de los consumidores: “Había topos, conejos, cuervos, pandas, dragones y lechuzas. Pero no había dos iguales, cambiaban los colores y las texturas, algunos estaban caracterizados” (Schweblin, 2018: 23). Por 279 dólares, se ofrece la experiencia de conectarse de manera aleatoria con otra persona del globo a partir de dos modalidades, ‘amo’ y ‘ser’, determinadas ya sea por la compra de un kentuki o la adquisición de un número de serie.

En la novela de Schweblin, estos productos de consumo no tardan en masificarse, mencionándose que “el crecimiento de estas cosas es exponencial: si hay tres la primera semana, es que habrá tres mil la segunda” (2018: 52), lo que da cuenta de un mercado que se expande rápidamente y habita todos los horizontes posibles. Esta expansión, que emerge a lo largo y ancho del globo, implica un movimiento que va desde adentro hacia afuera, que parte con la intervención de los espacios de intimidad y se propaga hacia los territorios de lo común con la proliferación desmedida de los kentukis en los espacios públicos. Se menciona, por ejemplo: “Ahora había de esos aparatos por todos lados [...]. Estaban en las noticias a cada rato, con sus notas de color o sus historias de estafas, robos y extorsiones. Los usuarios compartían sus videos en todas las redes sociales, con sus inventos caseros de kentukis atados a drones, montando patinetas o pasando la aspiradora por la casa” (2018: 175-176).

Esta expansión, no obstante, es factible debido a que, a diferencia de *Los cuerpos del verano*, en esta novela no hay presencia de un organismo fiscalizador que se encargue de controlar la producción, masificación y libre circulación de estos artefactos, e incluso los mismos personajes de la novela se cuestionan tal inquietud: “Lo que quería saber Inés, y lo preguntó varias veces golpeando la mesa con el dedo índice, era qué tipo de reglamentación implementaría el gobierno con una cosa así” (2018: 41). Esta regulación nunca llega y personajes como Grigor hacen de esta implicancia una forma de subsistencia:

“Regular” no era organizar, sino acomodar las reglas a favor de unos pocos. Las empresas se apoderarían pronto del negocio que había detrás de los kentukis, y la gente no tardaría en calcular que, si se tiene el dinero, mejor negocio que pagar sesenta dólares por una tarjeta de conexión que se encendería al azar en cualquier rincón del mundo, era pagar ocho veces más para elegir en qué lugar estar. Había gente dispuesta a soltar una

fortuna por vivir en la pobreza unas horas al día, y estaban los que pagaban por hacer turismo sin moverse de sus casas, por pasear por la India sin una sola diarrea, o conocer el invierno polar descalzos y en pijama. (2018: 61)

A través del personaje de Grigor se advierte que la no regularización de los productos de consumo facilita la emergencia de micromercados clandestinos, dentro de los que operan nuevas dinámicas de circulación de los kentukis. Versus la experiencia que ofrece el mercado oficial, en la que no existe la libertad de elegir los espacios de conexión, surgen pequeñas organizaciones como la de Grigor que prometen alternativas disidentes a las ya preexistentes. Sin embargo, no por ello se da lugar a una resistencia particular, dado que este personaje persigue el mismo objetivo de las grandes empresas, la capitalización del deseo de sus consumidores, e, incluso, constituye un lugar de trabajo específico en donde clasifica, ordena y discrimina cada una de sus conexiones mediante planillas de características en las que apunta “ciudad, ámbito social, edad de los amos, actividades del entorno. Tomaba fotos de las vistas en las pantallas y las subía también, cuidándose de que los amos nunca aparecieran, intentando comunicar lo más fielmente qué tipo de experiencia podía ofrecer cada conexión” (2018: 61).

En la proliferación de estos micromercados, la ilegalidad es “un término sobrevalorado que además ya sonaba anticuado” (2018: 60), y, por ende, no hay límites ni fronteras preestablecidas que indiquen lo que está permitido (o no). Mediante la historia de Marvin, un chico que asume la modalidad ‘ser’ y es rescatado de una vidriera por un Club de Liberación, se observa la proliferación de otro pequeño mercado en el que se permite que los kentukis adquieran nuevas funciones y características como alarmas, cámaras sobre sus cabezas que permiten “grabar la experiencia las veinticuatro horas del día” (2018: 132) o cualquier tipo de accesorio que permita el flujo del deseo de los sujetos. Este micromercado ofrece, además, otra alternativa que resulta impensable en la organización de Grigor: la disolución completa de las fronteras entre ‘amo’ y ‘ser’ kentuki, en tanto se “libera” a los segundos y estos pueden transitar libremente las ciudades en donde establecieron sus conexiones. En este sentido, cualquier kentuki puede “salir a donde fuera que se le diera la gana” (2018: 134) y, por tanto, sus posibilidades espaciales de habitabilidad y exploración se amplían en tanto los consumidores creen estar en dos lugares al mismo tiempo. El mercado, en consecuencia, ofrece una aparente posibilidad de desterritorialización.

En su forma psicopolítica, la mutación neoliberal del capitalismo tardío debe buscar la manera idónea de adquirir una apariencia permisiva y tentadora, mediante la que diluya su espíritu coercitivo y haga creer a los sujetos que son libres en la medida en que consumen los artefactos ofrecidos por el mercado. Los kentukis parecen ser los significantes más adecuados para esta labor, en tanto asumen un aspecto seductor y afable que hace que los usuarios de este sistema los deseen en cuanto los vean. Así, por ejemplo, el personaje de Alina da cuenta de esta pulsión a pesar de considerar que la apariencia de estos dispositivos no sea la más atractiva: “No eran lindos, y aun así había algo sofisticado que todavía no

podía dilucidar. ¿Qué eran exactamente? [...]. Olía a tecnología, plástico y algodón. Y había algo emocionante en eso, la distracción milagrosa de desplegar cables nuevos y prolijamente plegados, de arrancarles los celofanes a dos tipos distintos de adaptadores, de acariciar el plástico sedoso del cargador” (2018: 23-24).

Más allá del aspecto del kentuki, en la novela se escenifica constantemente una pulsión específica de deseo que hace que sus personajes no se resistan a la experiencia de comprar estos artefactos y luego desenvolverlos frenéticamente. A pesar de tratarse de un “concepto viejo con tecnología que también sonaba a vieja [...] el cruce era ingenioso” (2018: 26), y esto permite que la masificación de los kentukis no cese en ningún momento, puesto que están dotados de cierto atractivo que incentiva su consumo. Otro ejemplo que enfatiza en esta idea es la historia de dos niñas a las que les regalan un cuervo-kentuki: “La más chica jugó un rato con el celofán, enroscándose en el cuello y en las muñecas con suma concentración [...] corrió en el lugar, apretando los puños de alegría y ansiedad haciendo sonar los celofanes que todavía llevaba de pulseras” (2018: 141). El atractivo de los kentukis, por ende, no se sustenta tan solo en lo llamativos que puedan parecer, sino también en el proceso mismo de consumo, que es, de por sí, una experiencia emocionante.

A lo largo de la novela, a pesar de la pulsión frenética que incentiva a los personajes a consumir, estos logran notar el peligro que implica establecer una conexión de manera aleatoria con un completo desconocido, no obstante, creen tener absoluto dominio de la situación y, en un primer momento, se distancian afectivamente de los kentukis. El personaje de Alina, por ejemplo, señala:

Era tierno que no hablara [el kentuki]. Una buena decisión de los fabricantes, pensó. Un “amo” no quiere saber lo que opinan sus mascotas. Lo comprendió en seguida, era una trampa. Conectar con ese otro usuario, averiguar quién era, era también decir mucho sobre uno. A la larga, el kentuki siempre terminaría sabiendo más de ella que ella de él, eso era verdad, pero ella era su *ama*, y no permitiría que el peluche fuera más que una mascota. Al fin y al cabo, una mascota era todo lo que ella necesitaba. No le haría ninguna pregunta, y sin sus preguntas el kentuki dependería solo de sus movimientos, sería incapaz de comunicarse. Era una crueldad necesaria. (2018: 29; cursiva del original)

Esta distancia inicial entre sujeto y dispositivo, que demarca claramente en un principio las jerarquías entre ‘amo’ y ‘ser’, se diluye por completo en tanto se descubren las carencias afectivas de los sujetos neoliberales. La historia de Alina, columna vertebral en la novela, da cuenta no solo de la soledad que aqueja a los personajes de esta ficción, sino también del estado de alienación al que han sido relegados. Se menciona así que “nada le importaba tanto como para moverse en alguna dirección. En su cuerpo, cada impulso preguntaba para qué. No era cansancio, ni depresión, ni carencia de vitaminas. Era una sensación parecida al desinterés, pero mucho más expansiva” (2018: 55). Por tal razón, Alina establece

con su kentuki una relación que va más allá de las jerarquías asignadas al momento de comprar el artefacto y llega incluso a involucrarse afectivamente con él.

En un sentido similar, la historia de Marvin también visibiliza un tipo de carencia afectiva que pretende resolverse a través del consumo. En un gesto simbólico, este personaje paga una conexión kentuki con los ahorros de su madre fallecida, para así escapar del hastío de vivir que sentía. Este menciona querer ser un dragón, sin establecer una distancia inmediata con el dispositivo, puesto que siente la necesidad de alejarse de su realidad y se aferra al discurso religioso para esperar conseguir la identidad deseada: “Quizá Dios estaba esperando el momento adecuado para revelar qué tipo de animal le había tocado ser [...]. Descubriría cómo salir de ahí, pensó. No aceptaría, al menos no en esa otra vida, volver a quedarse encerrado” (2018: 32). Se menciona así que “Marvin ya no era un chico que tenía un dragón, sino que era un dragón que llevaba dentro un chico” (2018: 91) y de esta manera se da lugar a una desterritorialización de la subjetividad mediante la que se pretende escapar de una realidad inmóvil, que ofrece nulas posibilidades de agencia. Marvin relega su identidad a la forma del dragón-kentuki y, por ende, deviene mercancía. Resulta significativo, en este sentido, el desenlace de su historia, en el que se señala que su padre lo llama a comer mientras este, a millares de kilómetros de distancia, se dirige a la nieve en su forma de kentuki. En esta escena, artefacto y personaje se funden en una sola subjetividad, y ya no se establecen con claridad los límites entre sujeto humano y máquina-kentuki:

Rodaba, seguía rodando hacia el lago cuando pensó en su madre y en la nieve [...]. El ruido de la caída seguía oyéndose, metálico en la habitación. ¿Qué haría si su padre le preguntaba qué estaba pasando? ¿Cómo le explicaría que en realidad estaba golpeado, que estaba roto y que seguía rodando, sin ningún control, hacia abajo? Hizo un esfuerzo y logró respirar. ¿Podría su padre escucharlo caer? ¿Entendía que el ruido de la tablet eran sus propios golpes contra el ripio? Era como si Marvin no sintiera el piso, caminaba en el aire. Llegó hasta las escaleras y, antes de bajarlas, se detuvo. La casa se sentía demasiado liviana, irreal. Tardó en reconocer el silencio, en aceptar que llegaba desde la Tablet. (2018: 194-195)

La apariencia llamativa de los kentukis y las pulsiones frenéticas de consumo que derivan de su adquisición permiten, entonces, que los usuarios que compran estos productos puedan relacionarse afectivamente con ellos o, incluso, como en el caso de Marvin, que se dé lugar a una desterritorialización en la que el sujeto deviene mercancía y su identidad se funde con el ‘ser’ kentuki. Estas posibilidades se dan, no obstante, debido al carácter seductor de estos artefactos, los cuales se transforman en objetos de devoción⁹ para los consumidores y se introducen de

⁹ La transformación de los artefactos de consumo en objetos de devoción es un accionar propio de la psicopolítica: “Todo dispositivo, toda técnica de dominación, genera objetos de devoción que se introducen con el fin de someter. Materializan y estabilizan el dominio. ‘Devoto’ significa ‘sumiso’. El Smartphone es un objeto digital de devoción, incluso un objeto de devoción de lo

manera pasiva en sus espacios de intimidad, sin que el mercado haga uso, por ejemplo, de mecanismos biopolíticos de disciplinamiento. Con todo, hay dos episodios menores de la novela que develarían el lado oscuro de estos artefactos: únicos momentos en los que se escenifica un tipo de violencia explícita. En el primero, que alude precisamente a la historia del kentuki-cuervo referida con anterioridad, se señala que el artefacto emite un “chillido agudo y rabioso” (2018: 141) y ataca a una de las niñas golpeando “sus pies descalzos una y otra vez” (2018: 142); en el segundo, el personaje de Grigor afirma ver “algo realmente espantoso” (2018: 98) en una de las tablets de su micromercado y señala:

Poco a poco un murmullo extraño fue creciendo [...] era ensordecedor, agudo, multitudinario. Cuando le quitaron las vendas vio que estaba en una caja enrejada. No llegaba a tocar el piso: flotaba entre una especie de masa de polluelos que estiraban la cabeza para poder respirar. Se pisaban y se picoteaban, gritaban de asfixia y de espanto, lo picaban a él. No era únicamente una caja enrejada, eran cientos, pasillos y pasillos de cajas enrejadas. Los polluelos gritaban, les habían arrancado los picos y las heridas estaban abiertas [...] Vio las plumas grises y sintéticas de su kentuki volar entre las amarillas. (2018: 99)

En la novela, el personaje de Grigor se piensa como un sujeto que logra, en su micromercado, ser una especie de “ventana panóptica de múltiples ojos alrededor del mundo” (2018: 97), lo que le permite así develar la realidad obliterada que se alberga bajo la apariencia inocente de estos productos. No obstante, es precisamente del sujeto neoliberal desde donde se despliega el sadismo y la violencia: se trata de un consumo desmedido que admite cualquier accionar y que se regula por los mismos individuos que hacen uso de esta tecnología.

Apuntes finales

El análisis de ambas novelas me permitió desarrollar una interpretación respecto del funcionamiento del sistema capitalista en las sociedades actuales, en tanto ambas ficciones visibilizan determinados personajes que hacen uso del consumo y la tecnología para enunciarse identitariamente. Esta propuesta de lectura se sustentó en base a dos períodos característicos del capitalismo tardío que, si bien dan cuenta de distintos modos de organización del poder, apuntan al mismo objetivo de controlar a los sujetos a través de mecanismos coercitivos de acción. De esta manera, se consideró que el Estado-mercado escenificado en la novela de Castagnet es propiamente biopolítico, en tanto se interviene el ciclo biológico natural de los sujetos, se da lugar a un panóptico típicamente “benthamiano”, denominado ‘Registro Koseki’, y el cuerpo se concibe como un dispositivo de control que deviene mercancía. Tal organización sistemática adquiere otra

digital en general. En cuanto aparato de subjetivación, funciona como el rosario, que es también, en su manejabilidad, una especie de móvil. Ambos sirven para examinarse y controlarse a sí mismo” (Han, 2014: 14).

orientación y “evoluciona” en *Kentukis* al representarse un escenario distópico en el que se disuelven las regulaciones gubernamentales y el sujeto se posiciona como un individuo que solo dispone del mercado para enunciar su identidad. Así, en los personajes de esta novela emerge una pulsión frenética de consumo que los lleva a depositar su confianza en los kentukis, artefactos tecnológicos mediante los cuales se despliega su perversidad a la vez que se remarca su alienación.

Además de interpretar estas novelas como una genealogía del capitalismo tardío, se consideraron tres dimensiones fundamentales para observar cómo se articulaba el flujo del poder representativo de cada una de las fases mencionadas: mercado, consumo y tecnología. Estos ejes se consideran dispositivos cruciales para el sostenimiento del modelo neoliberal, evidenciados de manera explícita en las ficciones analizadas.

Con respecto a la representación del mercado edificada en ambos textos, se concluye que, en el caso de *Los cuerpos del verano*, este aún se encuentra supeditado a una supraestructura mayor, el Estado, el cual se difumina por completo en la novela de Schweblin al no evidenciarse ningún tipo de regulación gubernamental que dictamine cómo los usuarios deben hacer uso de la tecnología kentuki. Algo que llama atención respecto de esta dimensión es que en ambas ficciones se gestan micromercados clandestinos, que reproducen las prácticas del sistema capitalista pero que, de alguna u otra forma, pretenden hacer frente al poder oficial y se constituyen como alternativas posibles de consumo que reorientan los dictámenes permitidos. Mientras que en *Los cuerpos del verano* se escenifica un capitalismo *underground* en la periferia de la ciudad en el que se venden órganos de mala calidad y se ofrecen a los personajes subalternos de la novela, en *Kentukis* se da lugar a un micromercado comandado por Grigor en el que se burla el sistema de aleatoriedad oficial, además del Club de Liberación de Kentukis en donde los usuarios de modalidad ‘ser’ pueden adquirir nuevas características (prótesis) a sus dispositivos. Si bien esta clandestinidad se representa en ambas novelas como una promesa de liberación e, incluso, de desterritorialización, se concluye que no se estiman alternativas fiables, en tanto reproducen los mismos flujos del poder presentes en los mercados oficiales y el capital sigue circulando de la misma manera o incluso con mayor ahínco, si se considera, por ejemplo, que las características añadidas a los kentukis de Schweblin a veces pueden ser más costosas que el mismo dispositivo.

Con respecto al consumo, vale destacar que en ambos escenarios distópicos la tecnología se presenta como el gran aliado del capitalismo, en tanto esta se considera una herramienta que, aparentemente, posibilita rearticular las identidades y afectos de los sujetos supeditados a este sistema. Así, por ejemplo, en el texto de Castagnet el cuerpo mismo se considera un artefacto de consumo, en la medida que los personajes de esta ficción asumen una corporalidad determinada tras habitar el estado de flotación que se relaciona directamente con el poder adquisitivo que estos posean. En la novela de Schweblin, por su parte, a través de la compra de los kentukis los sujetos logran aparentemente desterritorializarse y establecer relaciones afectivas con estos dispositivos a la vez que se despliega una jerarquía entre las modalidades ‘amo’ y ‘ser’. De acuerdo

con lo examinado, el consumo permitiría articular las identidades deseadas en el caso de *Los cuerpos del verano* si se considera que Rama, a través de la animalidad, logra asumir una subjetividad deseada; no obstante, se observa cómo ciertas identidades como los panchamas son relegados a un espacio de exclusión y violencia. En el caso de *Kentukis*, el consumo deviene perversidad y sadismo, en cuanto cada una de las relaciones afectivas entre ‘amo y ‘ser’ concluyen de forma negativa y los sujetos no logran contravenir el estado de alienación al que han sido sometidos.

Si se considera que, de acuerdo con lo señalado por Fisher, el capitalismo —y su mutación neoliberal— es un sistema del que no se puede escapar, es probable que las ficciones de este género, en su modalidad distópica, sigan comunicando las implicancias desastrosas que este modelo reproduce en los distintos territorios. Sin embargo, considero productivo preguntarse, además, por las posibilidades de resistencia que estos personajes enuncian y que, de alguna u otra forma, se articulan allí donde el poder de acción parece imposible. Esta es una temática que me gustaría explorar en un próximo trabajo, tanto a partir de estas novelas como en otros textos de ciencia ficción cada vez más frecuentes en el territorio de las letras latinoamericanas.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTAGNET, Martín Felipe (2012), *Los cuerpos del verano*. Buenos Aires, Factotum.
- CLAEYS, Gregory (2017), *Dystopia: A Natural History*. Nueva York, Oxford University Press.
- COLANZI, Liliana (2017), *Of animals, monsters and cyborgs. Alternative bodies in latin american fiction (1961-2012)*. Tesis para optar al grado de Doctora en Filosofía. Nueva York, Universidad Cornell.
- DELEUZE, Giles (2007), “La inmanencia: una vida...”, en *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Fermín Rodríguez (trad.). Buenos Aires, Paidós, pp. 35-40.
- DELEUZE, Giles; Guattari, Félix (2004), *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. José Pérez Vázquez (trad.). Barcelona, Pre-Textos.
- FISHER, Mark (2012), *Realismo capitalista*. Claudio Iglesias (trad.). Buenos Aires, Caja Negra.
- GIORGI, Gabriel; Rodríguez, Fermín (2007), Prólogo. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, pp. 9-34.
- HAN, Byung-Chul (2014), *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Alfredo Bergés (trad.). Barcelona, Herder.
- HARAWAY, Donna (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Manuel Talens (trad.). Madrid, Cátedra.
- JAMESON, Fredric (2009), *Arqueologías del futuro*. Cristina Piña Aldao (trad.). Madrid, Akal.

- PICCIONI, María Laura (2014), “¿Cómo quemar un cuerpo en el verano?”, en *El toldero de Astier*, vol. 4, n.º 6, pp. 124-128.
- SCHWEBLIN, Samanta (2018), *Kentukis*. Barcelona, Random House.